

esta parte, y aquellos valientes, cuyo denuedo se habia encadenado á menudo, participaban de la exasperacion de toda la hueste. Apoyados por la cabeza de las tropas de Marmont que acababa de llegar entonces, se pusieron en movimiento y acometieron á los bávaros á la bayoneta, empujándolos sobre las tropas ocupadas en pasar el Kinzig, y matándoles setecientos ú ochocientos hombres á bayonetazos. Desordenadamente pasó de Wrede el Kinzig de nuevo, dejando de diez á once mil hombres, muertos, heridos ó prisioneros en nuestras manos. A lo sumo costónos tres mil hombres este encuentro brillante, y la magestad del ejército francés quedó muy dignamente vengada.

Sin embargo, convenia no perder tiempo en contar nuestros trofeos, pues replegado de Wrede detras del Kinzig con cuarenta mil hombres, podia descubrir el escaso número de nuestras tropas, y desembocar de Hanau para interceptarnos el camino. Orgullosa Napoleon, no por sí mas por sus soldados, de esta nueva batalla del Berezina, se puso en marcha el 31 de octubre con Sebastiani, Lefebvre-Desnoette, Macdonald, Victor y la Vieja Guardia, á fin de abrir nuevamente el camino de Maguncia, si estaba obstruido en alguna parte. A Marmont dejóle para que siguiera á lo largo del Kinzig, é impidiera que el enemigo desembocase de Hanau, cuyo cañon dominaba la calzada.

En la mañana del 31 de octubre dispuso el mariscal Marmont tomar á Hanau, que aterrizado el enemigo habia evacuado casi del todo, y partiendo á cosa de medio dia, confió la custodia de este puesto al general Bertrand que le seguia en la marcha. Allí pasó el general Bertrand la noche, siempre con

la intencion de enfrenar á los bávaros y de impedirles que cortaran el camino. Queriendo de Wrede tomar algun desquite el dia 4.^o de noviembre por la mañana, y lisonjeándose de no encontrar ya por delante mas que alguna débil retaguardia, sobre la cual se resarciria de su derrota, probó á desembocar del Kinzig por el puente de Lamboy hácia nuestra izquierda, tratando de recuperar á Hanau hácia nuestra derecha. Delante del puente de Lamboy habia situado Bertrand á la division de Guillemint, en el centro á la division de Morand, que podia cañonear á Hanau por encima del Kinzig, y delante de Hanau á la division italiana, parte en la ciudad y parte á lo largo de dicho rio, con encargo de proteger la carretera.

Al despuntar el dia asaltó de Wrede en Hanau á los italianos, les tomó una de las puertas, penetró en la ciudad, y arrollólos sobre el puente del Kinzig, hácia donde corrio para capturarlos y ocupar de seguida el camino. Pero, disparando Morand por encima del Kinzig sobre el flanco de la columna contraria, la cubrió de proyectiles. Cobrando bríos los italianos volvieron á la carga, é hicieron que los bávaros se metieran dentro de Hanau. De Wrede recibió una herida en el bajo vientre, y tan grave que se le tuvo por muerto.

Entonces mismo hácia nuestra izquierda intentaron los austro-bávaros pasar el Kinzig por encima de los caballetes de Lamboy medio quemados. Guillemint dejó pasar á cierto número de ellos, y acto continuo precipitólos en el Kinzig á la bayoneta. Libres al cabo nuestros cañones de correr por el camino de Maguncia encontraron allí tantos cadáveres que, segun el dicho de un testigo ocular

ilustre, rodaban sobre un lodo de carne humana (1). ¡Fúnebre y terrible retorno del grande ejército á Francia!

El cuerpo del general Bertrand tomó el camino de Hanau el postrero. Enterado el mariscal Mortier con la Joven Guardia de las dificultades que se encontraban por esta via, dió un rodeo á la derecha, y llegó á Francfort sano y salvo. En Maguncia acabó de entrar el 4 de noviembre el grande ejército tristemente triunfante. Solo quedó fuera la caballería para recoger á nuestros rezagados mas morosos. Cerca de cuarenta mil pasaron en el espacio de algunos dias.

De este modo tornamos al Rhin, despues de tantas victorias seguidas ahora de tantos reveses, al Rhin, que habiamos tenido esperanza fundada de volver á pasar tranquilamente, despues de una paz general y gloriosa. Asi pudo ser en efecto, pero el indomable orgullo de Napoleon no permitió que se realizase tal esperanza.

A la sazón se encontraba Napoleon en Maguncia, pudiéndose convencer por sus propios ojos de toda la extension de sus faltas. De tal manera habia llegado á ser el Rhin propiedad nuestra, que lo de contentarnos con poseerle se considerara seis meses atrás como una gran prueba de moderacion por nuestra parte, y ahora era dudoso lo de que pudiéramos defenderle. Tanto habia pensado Napoleon en la conquista y tan poco en la defensa que el territorio del Imperio casi se hallaba al descubierto del todo. Salvo en Italia, perteneciente asimismo á

(1) Expresion del mariscal Gerard, á quien la oí de su propia boca.

la conquista, nada se habia hecho en las plazas de la frontera. Ya habia empezado Napoleon á pensar sobre este punto, si bien en época en que ya no quedaba tiempo suficiente para que las órdenes expedidas se pusieran en planta. Hasta los grandes acopios promovidos por conducto de Mr. de Basano despues de la batalla de Dennewitz, deliberados y resueltos entre los principales ministros de París, fueron anulados por Napoleon á causa de lo dispendiosos, y especialmente á causa de la alarma que tenia esparcir á las márgenes del Rhin de resultas. Asi á lo largo de esta frontera, que debiera haber sido objeto principal de nuestros cuidados, se hallaba todo en un estado deplorable. Se habian agotado municiones y armas de todas clases para Erfurt, Dresde, Torgau, Magdeburgo, Hamburgo, y vacios estaban los arsenales franceses. Aun no estaban hecho los acopios de madera ordenados muchos dias antes, y lo propio acontecia respecto de los acopios de sitio (1). Aun era mas insuficiente el personal que el material. En Strasburgo, Landau, Metz, Coblentza, Colonia, Wesel, no habia mas que algunas compañías de guardias nacionales levantadas á toda prisa por los prefectos, y que apenas sabian disparar los fusiles. Solo Maguncia, vasto depósito de reclutas que no hubo tiempo de enviar á campaña, de merodeadores sucesivamente llegados, de enfermos, de heridos trasladados segun se pudo, centro en fin de reunion para nuestros restos de toda especie, contenia medios de defensa. Pero se necesitaba de un ejército en esta

(1) Hablo á tenor de los partes de los generales destinados al Rhin con mando.

plaza, y aunque al grande pertenecian cuantos iban entrando, apenas se contarian cuarenta mil hombres en estado de pelea. Ocho mil hombres sumaban á la vuelta de las hostilidades las divisiones de la Joven Guardia, que se habian portado bizarramente, tres mil tenian aun despues de Leipsick, y ahora se hallaban reducidas unas á mil y otras á mil y cien soldados. En idéntica proporcion se encontraban disminuidos todos los cuerpos.

Queriendo Napoleon reservar en Maguncia, lo mejor que habia traído, dejó allí á las órdenes del general Bertrand el cuerpo 4.º, destinado a formar la vanguardia del ejército que pensaba reunir para la campaña venidera. Además de la division de Morand siempre suya, constaba de la de Guillemínot recientemente agregada, y de las divisiones de Durutte y de Semelé, únicas reliquias de los cuerpos 7.º y 16.º, segun se ha dicho. Aun despues de algunos dias de descanso no presentaban estas cuatro divisiones quince mil soldados. Napoleon ordenó que con los desbandados, á quienes se detenía al paso del Rhin, fuesen reorganizadas sin demora. Dedicada fué la caballería de la Guardia á recoger estos hombres á muchas leguas mas arriba y mas abajo de Maguncia. Pero los vestuarios, los zapatos, los fusiles, los víveres que les eran distribuidos, no alcanzaban á contrarestar la influencia de las malas costumbres contraídas, y aunque la mayor parte de ellos se pertaron á maravilla algunas semanas antes, ya era dudoso que se les pudiera hacer figurar como buenos soldados. A lo interior desertaban tan luego como se les quitaba ojo. Excelentes proseguian los cuadros, y segun todas las muestras, mas facil seria crear soldados

con conscritos procedentes de sus hogares, que con hombres á quienes se acababa de exponer harto pronto, y muy de improviso, y sin el estímulo de la victoria á las mas crueles extremidades de la guerra.

Con todo, al cabo de algunos dias elevóse á mas de veinte mil hombres este cuerpo 4.º, última representación del ejército que en Lutzen, Dresde y Leipsick habia lidiado. Se le agregó á Lefèbvre-Desnoette con la caballería ligera de la Guardia y con los dragones veteranos del 5.º cuerpo, componiendo en totalidad de tres á cuatro mil ginetes. Dotósele con una buena artillería. A los tres mariscales Marmont, Victor y Macdonald se confió la custodia del río. Encargado fué el mariscal Marmont de guardar desde Landau hasta Coblentza con las reliquias de los cuerpos 3.º, 5.º y 6.º de infantería, y 4.º y 5.º de caballería. A sus órdenes debia tener al general Bertrand y á Maguncia, procediendo á la recomposicion de las tropas comprendidas en el territorio de su mando. Situada fué la Joven Guardia un poco detrás de Maguncia para reorganizarse bajo la vigilancia del mariscal Mortier, y con la caballería de la Guardia se hizo lo propio. A Colonia fué enviado el mariscal Macdonald con el cuerpo 11.º, que habia de recomponer igualmente. Se le dió el 2.º cuerpo de caballería para velar en custodia del Rín é impedir que lo cruzaran los cosacos. Todos los polacos, que aun quedaban de infantería o caballería, fueron enviados á Sedan, antiguo depósito de estas tropas aliadas, á recibir allí una organizacion nueva. Establecido fué el mariscal Victor en Strasburgo con el 2.º cuerpo, que bajo sus órdenes habia hecho la campaña de 1813, y cuartelose en ella de gloria. Con estos debian guar-

dar la frontera del Imperio los tres mariscales. Los gendarmes y los aduaneros, vueltos de todos los países que habíamos ocupado, detenían á las márgenes del Rhin á todos los hombres rezagados que iban llegando, y procuraban hacerlos ingresar nuevamente en sus cuerpos. Gracias á este recurso, cuyo valor ya se ha puntualizado, se esperaba completar las tropas acantonadas sobre la frontera. Por desdicha, además de sus malas disposiciones morales, recientemente habían sido atacadas de un contagio físico espantoso. A nuestro paso por donde quiera, y ya hasta junto á las márgenes del Rhin se había propagado la calentura hospitalaria, nacida en nuestros vastos depósitos del Elba, y originada por el hacinamiento de hombres, el cansancio, el mal alimento, las continuas lluvias de los dos últimos meses, y las tristes pasiones que afligian á nuestros heridos y á nuestros enfermos. De cuantas plagas nos cayeron encima, no se contaba otra mas tremenda. De penetrar acababa en Maguncia y de hacer allí notables destrozos, anunciándolos aun mas terribles. Desde este punto cundió á lo largo del Rhin por la parte de arriba y la de abajo. De esta suerte parecía que ninguna calamidad nos perdonaba por entonces.

Después de atender Napoleon á lo mas urgente, mediante la permanencia de una semana en Maguncia, salió con direccion á París el dia 7 de noviembre, para trasladarse al centro del gobierno de que era motor indispensable, y de preparar los medios de una nueva y postrera campaña. Mientras se ocupaba en hacer esfuerzos inauditos por sacar de la Francia agotada los recursos que aun tenia, y por atajar sobre la frontera del Rhin á enemigos, á

quienes una larga opresion habia hecho implacables, del Rhin al Vistula, entre veteranos y reclutas, y actualmente asediados ó bloqueados por las legiones de la Europa coaligada, le quedaban soldados para formar uno de los mejores ejércitos que habia reunido nunca. Tres mil hombres le quedaban en Modlin, igual número en Zamosc, veinte y ocho mil en Danzick, ocho mil en Glogau, cuatro mil en Custring, doce mil en Stettin, treinta mil en Dresde, veinte y seis mil en Torgau, tres mil en Wittenberg, veinte y cinco mil en Magdeburgo, cuarenta mil en Hamburgo, seis mil en Erfurt y dos mil en Wurzburg, lo cual sumaba una fuerza total de ciento noventa mil hombres, útiles para el servicio casi todos, no habiendo sido incluso en este cálculo ni los heridos ni los enfermos, agueridos ó instruidos todos, mandados por excelentes oficiales, y conteniendo especialmen e incomparables soldados de artilleria y de ingenieros. Nunca habia militado mas hermoso ejército bajo la bandera de Francia, si por milagro se pudiesen reunir sus desparramadas reliquias, y recuperar el conjunto, que les hizo perder su aislamiento en puestos distantes. Segun hemos visto, Napoleon alimentó la esperanza de volverse á hallar junto al Oder y al Vistula de resultas de una sola batalla, y quiso conservar sus fortalezas, de modo de tornarse á situar de pronto en su posicion antigua. Por este motivo destinó á las plazas fuertes del Oder y del Vistula unos sesenta mil hombres. Durante el armisticio pudo allegarlos todos, y reforzar su linea del Elba; pero, seducido por la esperanza propia, insistió en igual falta, y la acababa de agravar por extremo, abandonando el Elba, sin retirar sus guar-

niciones. Así fueron sacrificados estos ciento noventa mil hombres tan preciosos y muy bastantes para formar la próxima primavera el fondo de un soberbio ejército de cuatrocientos mil soldados. Verdad es que, entre estos ciento noventa mil hombres, se contaban treinta mil extranjeros, impacientes por retornar á sus hogares desde que sus soberanos rompieron con Francia; pero, si figuraban entre ellos veinte mil alemanes ó ilirios, con los cuales no se podía contar de ningun modo, también habia diez mil polacos, ya tan valerosos y siempre tan leales como los soldados de nuestro ejército antiguo. Siempre resultaba la pérdida segura de ciento setenta mil hombres, debida á una ciega confianza en la victoria y á la funesta pasión de restablecer en una jornada una grandeza destruida por muchos años de faltas irreparables.

Dicho dejamos que un milagro podía restituir aquellas tropas á Francia. Con efecto, si un hombre de intrepidez y de osadía, y sobre todo de fortuna, hallándose á la cabeza de una de las guarniciones, saliese de la plaza ocupada, forzando el bloqueo establecido en torno de sus muros, se fuera á unir á la guarnición mas inmediata, y yendo de esta manera de una á otra, juntara toda una hueste, atendidas las pocas fuerzas dejadas por los coaligados á sus espaldas, lo probable era que pudiese llegar al Elba y al Rhin, y retornar al frente de una gran fuerza á Francia. ¿Pero en cuál de las plazas bloqueadas se podía consumir tal milagro? No de seguro en las mas distantes. Por ejemplo, las guarniciones de Modlin y de Zamosc, compuestas de lituanios y de polacos, poco inclinados á salir de su territorio, se hallaban á mucha distancia

una de otra, y eran harto escasas para ensayar atrevidas concentraciones. Sin duda pudiera hallar escape, arrollando á los que intentasen cerrarlo el paso, la guarnición de Leipsick, compuesta aun de mas de veinte mil hombres, á pesar de las enfermedades traídas de Rusia; pero fuera acosada de muerte por fuerzas muy superiores, y quizá destruida, antes de llegar al Oder, donde á la verdad la aguardaban nueve mil franceses ó aliados en Stettin y cuatro mil en Custrin, si allí se presentaba ya en salvo. Además de la dificultad procedente de las distancias, de las mismas instrucciones de Napoleon se originaba otra. Al general Rapp habia ordenado que no entregara á Leipsick sino en virtud de orden firmada de su puño, y que se hiciera matar mas bien que rendirse, y privado este gefe de noticias, no debiendo dar asenso á las del contrario, se hallaba en la imposibilidad de conocer la situación á punto fijo, para considerarse autorizado á alterar instrucciones tan terminantes y tan formales como las que Napoleon le habia dado. Aunque mas próximas al Elba las tres guarniciones del Oder, esto es, las de Stettin, Custrin y Glogau, todavía distaban mucho unas de otras, y eran de escaso bulto, y estaban muy vigiladas, para que intentasen reuniones de fuerzas que les permitieran volver al Rhin con algunas probabilidades de buen suceso.

En aptitud se hallaban de tomar la iniciativa y de restituir á Francia no menos de cien mil hombres, con gefes tal ilustres como Saint-Cir y Davout las guarniciones del Elba, esto es, las de Hamburgo, Magdeburgo, Wittenberg, Torgau, Dresde, que formaban reuniones de veinte á treinta mil

hombres, y estaban cerca unas de otras, y para tornar á Francia solo tenian que cruzar la Westfalia á la sazón libre de la presencia del enemigo. Entre estas plazas fuertes del Elba se contaban evidentemente las dos extremas de Dresde y Hamburgo, con mariscales á su cabeza y mas de treinta mil hombres cada una, que pudieran probar á hacer una concentracion repentina; y por último, de la guarnicion de la capital de Sajonia se debia esperar esta operacion con mas fundamento.

Para que un caudillo, á la cabeza de una fuerza de monta y encargado de un punto importante, se decidiera á evacuarlo espontáneamente, con ánimo de tomar la vuelta del Rhin, se requeria que las ideas, á que se le habia acostumbrado, le autorizaran á seguir tal conducta. No se hallaba el mariscal Davout en este caso. Sabia que Hamburgo era la causa principal de la ruptura de las negociaciones de Praga; que Napoleon tenia empeño en mantenerla hasta el punto de haber arrojado una guerra mortal por no renunciarla; que Hamburgo era el apoyo de las guarniciones del Oder y de Danzick, el baluarte de Westfalia y de Holanda, el punto de enlace con Dinamarca; y que de consiguiente su abandono constituia una resolucion capital, y perteneciente no mas que al mismo gefe del Estado. Hé aqui un conjunto de consideraciones nada afezuadas á inspirarle el pensamiento de evacuar á Hamburgo, á menos de una necesidad apremiante. Pero se agregaban otras razones decisivas para apartarle de tal idea. En Hamburgo poseia todos los medios de sostenerse, como lo probó antes de mucho; y así no tenia ninguna obligacion inmediata de cambiar de posicion. Además,

suponiendo que se le alcanzara la necesidad de tomar la vuelta de Francia á la cabeza de las guarniciones dejadas fuera, no podia cargar con la responsabilidad de subir el Elba hasta Torgau y Dresde, pues de este modo se metiera en un callejon sin salida, no siéndole posible la retirada, como que se hallaba la coalicion toda entre Dresde y Maguncia. Por tanto, aun concibiendo la idea de una concentracion espontanea, debia esperar á pié firme á que le fuesen á buscar las guarniciones de Dresde, de Torgau, de Magdeburgo, y entonces por Westfalia y Wesel tornara á Francia á la cabeza de cien mil hombres. Así, aparte de que el orden de ideas en que se le habia mantenido no le debiera inspirar la evacuacion de Hamburgo, tampoco se presentaba como practible la concentracion del bajo al alto Elba, sino del alto al bajo.

Estas sencillas reflexiones demuestran que en la capital de Sajonia debiera nacer la resolucion de juntar las guarniciones vecinas, y de componer una fuerza cada vez mas creciente para tomar la vuelta de Francia. A la verdad todo debia inducir á tal conducta al mariscal Saint-Cir, caudillo en Dresde, ora atendiera á las ideas anteriores que llenaron su mente, ora á la urgencia de la situacion, ora á los recursos que tenia á mano. Ante todo no era plaza la capital de Sajonia donde pudiera mantenerse, sino un puesto militar para conservarlo algunos dias tan solo, puesto que Napoleon no habia pensado guardarla mas que muy transitoriamente, y cuya evacuacion casi habia ordenado sin prescribirla de una manera terminante, al decir en sus instrucciones, que si circunstancias imprevistas impedian al mariscal Saint-Cir permanecer en

Dresde, se debía retirar á Torgau. Así el pensamiento natural y que era imposible que no se ocurriera, se reducía á evacuar la capital de Sajonia, al saber que Napoleón se había retirado sobre el Rhin con su hueste. Además esta plaza indefendible por mas de ocho dias, ya despues de la partida del grande ejército no tenia importancia alguna, no cubria nada, se quedaba simplemente al aire, y no contenia el menor recurso en materia de comestibles. De consiguiente urgía abrazar un partido respecto de Dresde, y no pudiendo tornar á Francia por medio de la Sajonia, pues se necesitara arrollar á los ejércitos coaligados, con evidencia resaltaba que á Torgau convenia replegarse. Para llegar allí solo había dos jornadas, y se encontrarán veinte y seis mil hombres, diez y ocho mil de ellos franceses y útiles para el servicio, juntándose así cuarenta y ocho mil soldados, fuerza muy superior á cuanta reunia la coalicion á las margenes del Elba. Al paso se recogieran en Wittenberg tres mil hombres, y á los dos dias se lograra otro refuerzo de diez y ocho á veinte mil útiles para el servicio en Magdeburgo. Por tanto se formara de seguida un ejército de sesenta mil combatientes, ejército que podia estar seguro de no encontrar en tres semanas hasta las orillas del mar quien se le igualase. En Hamburgo acabara por reunir ciento diez mil excelentes soldados. ¿Y entonces, quién podría estorbar que ganaran el Rhin estos valientes?

Claro es, pues, que si de alguna parte debía partir el primer impulso para operar concentraciones espontáneas, había de ser de Dresde y del mariscal que ejercia allí el mando. Fuerza es añadir que en el mariscal Saint-Cir no cabia la excusa,

muy efectiva entonces y alegada á menudo, de la falta de independencia y de espontaneidad de los logartenientes de Napoleón, acostumbrados á obedecer siempre y á no mandar nunca. Independiente este caudillo por fuerza de espíritu y por indocilidad de carácter, no admirando á nadie, ni á Napoleón siquiera, criticando cuantas instrucciones recibia, no se hallaba en el caso que otros de explicar su falta de resolucion por la sumision puntual á órdenes superiores, y órdenes que por otra parte, despues de la retirada del ejército, sonaban mas bien en el sentido de la evacuacion que de la conservacion de la capital de Sajonia. De consiguiente si los ciento setenta mil franceses dejados por una deplorable falta de Napoleón sobre el Vistula, el Oder y el Elba, tenían alguna eventualidad de verse en salvo, en número de cien mil á lo menos, solo á una determinacion espontánea del mariscal Saint-Cir podian ser acreedores de tal ventaja. No tomó resolucion tan importante, y los mismos hechos van á revelar si se halla suficientemente justificado de no tomarla.

Apenas se trasladó Napoleón de Dresde á Duben, se ejecutaron en torno de la ciudad movimientos incesantes de tropas, apareciendo evidentemente que se transferia á otro punto el interés de los coaligados, pues no habían dejado delante de la capital de Sajonia mas que algunas fuerzas insignificantes, sobre las que era fácil el triunfo para acometer alguna saludable empresa. En el mismo instante de la batalla de Leipsick, cuando Buhna, Colloredo y Benningsen levantaron el campo, á fin de juntarse al grande ejército del príncipe de Schwarzenberg, notóse su desaparicion al

punto, y un general tan afortunadamente atrevido como Richepanse lo fué en Hohenlinden, quizá probará á seguir á este cuerpo de tropas, y si apareciera el día 18 sobre sus espaldas, de seguro cambiara inmensamente nuestro destino. Verdad es que esta resolución se resentiera de temeraria hasta lo sumo, y fuera difícil de conciliar con las instrucciones de Napoleón de guardar á Dresde, instrucciones dadas al concebir el gran proyecto de marchar detrás de Bernadotte y de Blücher sobre la capital de Prusia, para revolver por Dresde sobre las espaldas del ejército de Bohemia. No hay, pues, fundamento para dirigir al mariscal Saint-Cir un cargo por no tomarla. Harto pronto supo la desaparición de las principales fuerzas acantonadas delante de Dresde, y proporcionóse la satisfacción muy legítima y muy laudable de hacer sufrir un descalabro al débil cuerpo de bloqueo, allí dejado; pero se atuvo á esto. Algunos días más tarde, no sabiendo nada, no viendo llegar á nadie comenzó á experimentar zozobras, que cundieron en torno suyo, pues todos se preguntaban qué había sido del grande ejército de los franceses. Permanecer metido en aquel encierro, donde no había comestibles ni municiones sino en porción escasa, en medio de una población tranquila, si bien poco benévola y sirviendo de mucha carga; permanecer en tan mal paso, repugnaba á todos, y á cada instante surgía la idea de irse, pues estaba al común alcance, que ya nada había que hacer en Dresde más que exhalar el último aliento. Hallándose en todas las cabezas este pensamiento de retirarse, convocó el mariscal Saint-Cir un consejo de guerra, compuesto del conde de Lobau, del general

Durosnel, del general Mathieu Dumas y de algunos otros. Con su habitual sagacidad dijo el conde de Lobau que no había que intentar más que una cosa, y era emprender la retirada sobre Torgau, donde se encontrarían una guarnición numerosa, y viveres, y abierto en todo caso el camino de Magdeburgo. Espantados quedaron los demás generales de la responsabilidad que se echarían encima al pronunciarse en retirada, y dijeron que aun no había llegado la hora de creerse abandonados y de abrazar de resultas una resolución extrema. A la verdad aun era licita la duda el día 24 de octubre, no habiéndose efectuado la evacuación de Leipsick sino dos días antes. Sin embargo, muy luego la alegría no disimulada de los sajones, y las comunicaciones del enemigo interesado en desesperarnos, nos enteraron del desastre de Leipsick y de la retirada forzada de Napoleón sobre el Rhin. Ya entonces se veía á las claras la urgencia de abrazar un partido y sin la más leve demora, antes de que estuviesen cerrados todos los caminos. A la sazón conviniera convocar un consejo de guerra y obligar á cada uno á que deliberara en vista del desastre comprobado del grande ejército y de la notoria imposibilidad de recibir socorros.

Adoptando los cálculos más cortos, se podían poner sobre las armas veinte y cinco mil hombres en cabal estado de servicio, y todo induce á creer que á la hora de la partida se contarán treinta mil con el fusil al hombro. No se tenían delante veinte y cinco mil soldados, y aun cuando fueran en número doble, como sin duda se hallaban distribuidos á las dos márgenes del Elba, había certidumbre de abrirse paso, rompiendo por un punto cual-

quiera el extensísimo círculo que se veían obligados á trazar en torno de la plaza. Finalmente, se mostraba segura la perspectiva de morir de hambre y de miseria, sin poderse honrar con una defensa que las fortificaciones de la ciudad no hacían posible, y de ser muertos ó prisioneros, cuando las tropas enemigas encaminadas á Leipsick estuviesen de vuelta sobre la capital de Sajonia. Si alguna vez hubo urgencia de decidirse, con evidencia del partido que debía ser abrazado, fué en la presente coyuntura.

El mariscal Saint-Cir tenía gran talento, en el fuego figuraba como bizarrísimo soldado, además le distinguía una verdadera independencia de carácter, y sin embargo á la sazón dió pruebas de que estas dotes relativas no son las que inspiran las grandes resoluciones en determinadas circunstancias. Nada resolvió, nada hizo, y dejó correr el tiempo en sensibilísimas vacilaciones. Le ocurrió la singular idea de enviar un agente secreto al gobernador de Torgau, para saber si tendría comestibles que darle, en caso de que se replegara sobre esta plaza. Inútil era la pregunta, pues, además de que siempre habíamos sacado de Torgau nuestras provisiones de granos, y de que se poseía al excelente general Mathieu Dumas, muy al cabo de todos los recursos con que el ejército contaba por la índole de sus funciones, no se trataba de ir á Torgau para fijar allí la residencia, sino de paso, lo cual variaba mucho. Allí penetró el agente, se le dijo que había comestibles, y que de buen grado los partirían con sus vecinos de Dresde, si tenían la buena inspiración de ir á aquel punto; pero no pudo subir el Elba y fué detenido. Así se permaneció

sin respuesta y sin determinar cosa alguna, no solo á fines de octubre, sino á principios de noviembre. Dos semanas habían trascurrido, y estrechándose el cordón de bloqueo de hora en hora, y habiéndose desvanecido toda esperanza de socorro, abrazó por último el mariscal Saint-Cir un partido, si bien por desgracia un partido medio y el mas peligroso de cuantos pudieran ocurrirle. Como no había que intentar mas que una cosa, y era la retirada á Torgau, no ideó acometer otra, y resolvió enviar al conde de Lobau con catorce mil hombres en dirección de esta plaza, hacerle bajar el Elba por la orilla derecha, y seguirle despues con el resto del ejército si lograba penetrar por aquel punto. No se comprende que un hombre, despues de acreditar suma sagacidad en la guerra, pensara en tentativa semejante. Si alguna eventualidad había, y no había una sino ciento, de romper la línea de bloqueo, solo estribaba en marchar todos juntos, sin dejar detrás á nadie. Con efecto era imposible que embistiendo á esta línea, débil por necesidad á causa de lo extensa, no se lograra verla rota. Para salir de Ciudad-Rodrigo el general Brenier el año de 1811, tuvo que correr muy otros peligros, y los superó á pesar de todo.

Sea como quiera, el mariscal Saint-Cir fió al conde de Lobau el cuidado de bajar por la orilla derecha á Torgau al frente de catorce mil hombres. Este hizo la observación muy exacta de que la tal empresa, segura quince dias antes con todo el cuerpo de tropas, se hacia dudosa al presente solo con la mitad de las fuerzas. No obstante obedeció al punto, y salió el 6 de noviembre de la capital de Sajonia. Consigo llevaba un lugarteniente de méri-